

## La casa en el bosque

Un pobre leñador vivía con su mujer y sus tres hijas en una pequeña cabaña en las lindes de un bosque solitario. Una mañana, cuando iba a salir a trabajar, le dijo a su mujer:

—A mediodía, manda a la chica mayor que me lleve la comida al bosque, pues no sé si terminaré a tiempo. Para que no se pierda —añadió— llevaré una bolsa con mijo \* y esparciré los granos por el camino.

Cuando el sol estaba ya en medio del bosque, se puso la chica en camino con una olla llena de sopa. Pero los gorriones de los campos y de los bosques, las alondras, los pinzones, los mirlos y los verderoncillos se habían comido hacía ya mucho tiempo el mijo, y la joven no pudo encontrar el camino. Siguió andando a la buena de Dios hasta que el sol se puso y se echó encima la noche. Los árboles susurraban, las lechuzas roncaban y ella comenzó a tener miedo. De pronto vislumbró en la lejanía una luz que titilaba entre los árboles.

«Allí debe de vivir gente —pensó— y podrán darme cobijo por esta noche.»

Y se dirigió hacia donde brillaba la luz. No mucho después llegó a una casa, cuyas ventanas estaban iluminadas. Llamó y una voz ronca dijo desde dentro de la casa:

—¡Pase!

La muchacha entró en el vestíbulo oscuro y llamó a la puerta de la habitación.

—¡Pase ya de una vez! —gritó la voz.

Abrió y se encontró con un hombrecillo de color gris-acero en la mesa, el cual tenía la cabeza entre las manos y su barba le caía sobre la mesa casi hasta el suelo. Al lado de la estufa había tres animales, una gallinita, un gallito y una vaca con la piel a manchas. La muchacha le contó al anciano lo que le había pasado y le pidió cobijo para pasar la noche. El hombrecito dijo:

—Gallinita hermosa,  
tú, gallito hermoso,  
vaca de colores,  
¿qué opináis vosotros?

—¡Duks! —contestaron los animales, lo cual quería decir, sin duda: «Nos parece bien».

Luego el anciano prosiguió:



## La casa en el bosque

—Aquí tienes de todo en abundancia. Ve afuera a la lumbre y prepáranos la cena.

La muchacha encontró de todo en la cocina e hizo una buena cena, pero no pensó para nada en los animales. Llevó la fuente llena a la mesa, se sentó al lado del hombre gris, comió y sació su hambre. Cuando ya estaba llena, dijo:

—Estoy cansada. ¿Dónde hay una cama para poder tumbarme a dormir?

Los animales contestaron:

—Puesto que para los dos solamente has hecho cena y en nosotros no has pensado, tú verás dónde te acuestas.

Entonces dijo el anciano:

—No tienes más que subir la escalera, y allí encontrarás una habitación con dos camas; múlletas y pon sábanas blancas, que luego iré a dormir.

La muchacha subió y, nada más mullir y hacer las camas, se echó sin esperar al anciano. Poco después llegó éste, alumbró a la muchacha con la luz y meneó la cabeza. Y al ver que estaba profundamente dormida, abrió una trampilla y la dejó caer al sótano.

El leñador llegó bien entrada la tarde a su casa y le reprochó a su mujer que le hubiera tenido sin comer todo el día.

—¿Y qué culpa tengo yo? —contestó ella—. La muchacha ha salido con la comida; tiene que haberse perdido; ya volverá mañana.

Antes de que se hiciera de día, se levantó el campesino para ir al bosque y pidió que la segunda hija le llevara la comida.

—Cogeré una bolsa con lentejas —dijo—: los granos son más grandes que los de mijo y la muchacha podrá verlos mejor y así no se equivocará de camino.

A mediodía salió la muchacha con la comida, pero las lentejas habían desaparecido; los pájaros del bosque se las habían comido como el día anterior sin dejar ni una. La muchacha dio vueltas por el bosque hasta que se hizo de noche y llegó igualmente a casa del anciano. La dejaron pasar y pidió comida y cobijo. El hombre de la barba blanca preguntó de nuevo a los animales:

—Gallinita hermosa,  
tú, gallito hermoso,  
vaca de colores,  
¿qué opináis vosotros?



Los animales volvieron a contestar:

—Duks.

Pasó lo mismo que el día anterior. La muchacha preparó una buena comida. Comió y bebió con el anciano y no se preocupó para nada de los animales. Cuando preguntó por la cama, le contestaron:

—Puesto que para los dos  
solamente has hecho cena  
y en nosotros no has pensado,  
tú verás dónde te acuestas.

Cuando llegó el anciano, ya se había dormido. El viejo la observó meneando la cabeza y la hizo caer al sótano.

A la tercera mañana le dijo el leñador a su mujer:

—Mándame a la pequeña con la comida; siempre ha sido buena y obediente, y no se quedará dando vueltas por ahí como las pindongas de sus hermanas.

La madre no quería y dijo:

—¿Es que también voy a quedarme sin mi hija más querida?

—No te preocupes —dijo él—, la muchacha no se perderá; es lista y juiciosa. Esta vez cogeré guisantes y los esparciré: son más grandes que las lentejas y le mostrarán el camino.

Pero, cuando la muchacha salió con el cesto, las palomas del bosque tenía ya los guisantes en el buche y no supo a dónde dirigirse. Se angustió muchísimo pensando constantemente en el hambre que pasaría su padre y en lo que lloraría su madre, si se perdía. Finalmente, cuando ya era de noche, divisó la lucecita, llegó a la casa del bosque y pidió amablemente si la dejaban pasar la noche allí; el hombre de la barba blanca preguntó de nuevo a sus animales:

—Gallinita hermosa,  
tú, gallito hermoso,  
vaca de colores,  
¿qué opináis vosotros?

—Duks —dijeron ellos.

La muchacha se acercó a la estufa, donde estaban echados los animales, y acarició a la gallinita y al gallito, pasando su mano por las lisas plumas de colores, y rascó suavemente a la vaca entre los cuernos. El anciano la mandó a hacer la cena y ella, después de haber preparado una buena sopa, puso la fuente en la mesa y dijo:



## La casa en el bosque

—No puedo ponerme a cenar y dejar a estos animalitos sin nada. Afuera hay cosas en abundancia, así que primero me ocuparé de ellos.

Salió y trajo cebada para el gallito y la gallinita, y una buena brazada de heno bien oliente para la vaca.

—Que os aproveche, queridos animales —dijo—, y si tenéis sed, también os daré un trago de agua fresca.

Trajo, pues, un cubo lleno de agua, y el gallito y la gallinita, desde el borde, metían el pico y luego mantenían la cabeza en alto, tal como beben las aves, y la vaca de colores se echó también un buen trago.

Cuando hubo dado de comer a los animales, la muchacha se sentó a la mesa con el anciano y comió lo que él había dejado. Poco después comenzaron la gallinita y el gallito a meter la cabeza bajo el ala, y a la vaca de colores se le cerraban los ojos. Entonces dijo la muchacha:

—¿No deberíamos irnos a descansar?

—Gallinita hermosa,  
tú, gallito hermoso,  
vaca de colores,  
¿qué opináis vosotros?

Los animales contestaron:

—Duks.

Puesto que para nosotros  
has hecho también la cena,  
y en nosotros has pensado,  
que descanses, niña bella.

La muchacha subió las escaleras, mullió los cojines de plumas e hizo la cama con sábanas de lino limpias; cuando terminó, llegó el anciano, se echó en una cama, y su blanca barba le llegaba hasta los pies.

La muchacha se echó en la otra y se durmió.

Durmió tranquila hasta media noche. De pronto se produjo un gran ruido en la casa que despertó a la muchacha. Comenzó a crujir y chirriar por doquier, la puerta se abrió de golpe y dio contra la pared. Las vigas resonaron como si estuvieran arrancándose de sus juntas y parecía como si se derrumbara la escalera y se desplomara todo el tejado. Pero de pronto reinó de nuevo el silencio y a la muchacha no le pasó nada malo, por lo que ella siguió acostada tranquilamente y se durmió otra vez.



Mas cuando a la mañana siguiente se despertó, a plena luz del día, ¿qué fue lo que vieron sus ojos? Estaba en una gran sala y a su alrededor todo era muy lujoso; en las paredes crecían, sobre un fondo de seda verde, flores doradas, la cama era de marfil, el techo de terciopelo rojo y a su lado, en una silla, había un par de sandalias tejidas con perlas. La muchacha creyó que todo era un sueño, pero entraron tres sirvientes ataviados primorosamente y le preguntaron si deseaba algo.

—Marchaos —contestó la muchacha—. Me levantaré rápidamente, haré una sopa al anciano y echaré de comer a la hermosa gallinita, al hermoso gallito y a la bonita vaca de colores.

Pensando que el anciano ya se había levantado, miró hacia su cama, pero allí no estaba él, sino un desconocido. Mientras ella lo contemplaba, observando lo bello y apuesto que era, se despertó él y dijo:

—Soy un príncipe encantado; una bruja malvada me había condenado a vivir como un hombre color gris-acero en el bosque; sólo mis tres sirvientes podían estar a mi alrededor y ellos tenían la apariencia de una gallinita, un gallito y una vaca de colores: el embrujo no podía terminar hasta que llegara a nuestra casa una joven tan bondadosa que no sólo se mostrara amable con el hombre, sino también con los animales, y ésa has sido tú. Esta noche tú nos has liberado y la casa del bosque se ha transformado otra vez en un palacio real.

En cuanto se levantaron, el príncipe dijo a los tres sirvientes que fueran a buscar al padre y a la madre de la doncella para la boda.

—¿Pero dónde están mis hermanas? —preguntó la muchacha.

—Las he encerrado en el sótano. Mañana serán conducidas al bosque y servirán en casa de un carbonero hasta que se hayan enmendado y no dejen pasar hambre a los pobres animales.

